

Ni el aire, ni el agua
Le distraen.
Tampoco le conmueven
la entereza del ordenado sol,
ni la nobleza de las margaritas.

Por su acicalada apariencia
y maneras sigilosas
diríamos que se trata
de un dandi seductor,
si no fuera por la suspicacia
de sus movimientos
y el antiguo aroma
que deja su rastro.

Fiel a su naturaleza
se regocija en su incomprensible paciencia,
su equívoca extrañeza
y su indispensable soledad.
Nada altera
Su callada y austera presencia.
Su deleite es la espera.
Sabe de su propio
y no personal conocimiento
de la complicidad del tiempo
y de la nada.

Memoria del corazón

A Don Pedro Mir

Desde este otro País
ubicado en la misma trayectoria de tu País
y que también es tuyo,
muy a propósito del alma

hago mí tu palabra, Maestro.
Dulce y airada voz
asimilada al antillano fuego
del iracundo y poderoso sol;
cósmica araña que va enlazando el tiempo
de estas inmortales islas
de sombras y de mítico abolengo;
codiciado mosaico de fecundas tierras
heridas por la cíclica cotidianidad
del trabajo enajenado
y la crueldad de las rutas
que nos trazaron otros
desde los cuatro puntos cardinales del Capital
y el aura truculenta del poder
y la fácil felicidad prometida desde otros mares.

Clara y austera
es tu voz, Maestro.
Espada en llamas de heroicas mariposas.
Siempre clara.
Como las aguas de este mar
que día a día nos crea
y nos sueña libres
a pesar de su proclividad hacia la muerte.
Hemos vivido
a contracorriente del agua y del viento
en estas paradisíacas tierras
de los bienaventurados traficantes del dolor.
Nuestra historia es el mar.

¿Cómo asir, entonces, el mar de estas islas de destierros y de olvidos?

Días son
en mi País
de venales componendas

y pacíficos sepulcros
en que el mercado
cotiza la trivialidad
como el valor supremo
de nuestro paso por la vida.
Inútil esperanza del buey
y pájaro en el desierto.

Hoy
vuelvo a pensarte, Maestro,
en audaz retorno de amor y de fuego.
Me acojo a tu poesía,
fiel espejo del destino humano:
árbol de la conciencia
y memoria del corazón.
Me aferro a tu palabra,
inagotable y luminoso bien,
insobornable
como la muerte y el olvido.

Tiempo de ti

A María Zayas Saavedra

El frío
del oeste de Manhattan
me acercaba a tu cuerpo
de poesía joven.
La secular esquina
parecía enigmática
la calle
llena de pérdidas
y soledades.

Amábamos
los días vertiginosos